

NOTAS SOBRE LA AUTORREPRESENTACIÓN DEL INTELLECTUAL EN LA CRÓNICA DE EDGARDO RODRÍGUEZ JULIÁ

Jaime L. Martell Morales
Director Departamento de Estudios Hispánicos
UPR- Recinto Universitario de Mayagüez

En todas las crónicas de Rodríguez Juliá la indagación sobre la realidad social está matizada por una serie de evocaciones del pasado del cronista. Evocaciones que remiten a etapas y experiencias claves en la formación del autor. El presente de la experiencia narrada estará constantemente cruzado por los recuerdos, por el reencuentro del cronista con su pasado; un pasado que adquiere nueva significación al re-memorarse desde el presente vivido. Así, el *Restaurant Marino* en "El cruce de la bahía de Guánica" se convierte en uno de los dispositivos de la evocación; allí "se cruzan recuerdos cercanos, y éstos evocan antiguos rincones de la personalidad" (30). La crónica, como género basado en la observación directa y en la inmediatez de la circunstancia, adquiere consecuentemente la forma de una historia personal. Los comentarios y observaciones, las descripciones y los juicios, van revelando al cronista. El sujeto se re-presenta en la subjetividad de su palabra.

Como han anotado varios críticos, la dimensión autobiográfica de las crónicas de Rodríguez Juliá es un aspecto muy evidente. Algunos críticos abordan este aspecto para demostrar la continuidad del autor con tradiciones ideológicas anteriores, como el paternalismo literario y el nacionalismo culturalista, -- es el caso de varios de los ensayos recogidos en el libro **Las tribulaciones de Juliá** --; otros, examinan esta dimensión como búsqueda y plasmación de la imagen y de la voz autoriales. La crítica más reciente tiende a verla como una manifestación de la búsqueda y definición de la identidad nacional puertorriqueña, en cuya exploración la indagación del autor sobre su propia identidad es fundamental. Así en las crónicas, al reconstruirse momentos de la

historia puertorriqueña, se evocan pasajes de la experiencia personal del autor¹. Este aspecto determina la factura narrativa de las crónicas.

Quizá un matiz más acertado para describir su obra sea el autobiográfico; el de un yo que enhebra las páginas de unos textos que al final remiten a unas coordenadas sociales y que se traducen, todavía, en el deseo por definir una identidad nacional... (R. González; 1997: 22)

En consonancia con la observación de González, María Caballero apunta que el autor nunca disocia la indagación en el ser nacional de la de su propio ser como escritor. (134) Acotar esta observación es muy pertinente para una afinación insoslayable. Mi lectura propone una interpretación de las obras de Rodríguez Juliá como diálogo transgresivo. La representación del narrador en las crónicas, identificado directamente con el autor real, debe apreciarse más como parte de la factura textual y como una de las instancias a partir de las cuales se genera el diálogo, y no sólo como una alusión un tanto real o fidedigna.

En estas obras, como en todo texto escrito, la proximidad del hablante respecto a su propio discurso, propia de la comunicación oral, es sustituida por una relación compleja entre el texto y el autor que permite decir que éste es constituido por aquél; es decir, que el autor está íntimamente relacionado con el espacio de significación trazado e inscrito por la escritura. (Ricoeur, 1999: 64) La identificación entre narrador y autor en las crónicas de Rodríguez Juliá, si atendemos

textualmente la observación de Caballero, se establece con la figura del escritor como tal, no con la persona. Así, la alusión remite a consideraciones de tipo literario e ideológico, a la vez que forma parte de la textualización del proceso de escritura.

Ahora, precisaría dilucidar si la representación del escritor se agota en su carácter especular o si, rebasando el plano individual, trasciende hasta implicar consideraciones de tipo social y/o cultural. Es decir, si las consideraciones, observaciones o apreciaciones acerca de la figura del autor, que aparecen o se desprenden del texto, son propias del autor real o si cabe la posibilidad de que éstas estén fundadas sobre modelos sociales de representación. Respecto a esto puede considerarse lo que plantea Silvia Molloy en su libro **Acto de presencia**. Según Molloy, la evocación del pasado, por un lado, está condicionada por la autofiguración del sujeto en el presente, -- la imagen que el autobiógrafo tiene de sí, la que desea proyectar o la que el público exige --. Por otro lado, esa imagen constituye un artefacto social, revelador tanto de una psique como de una cultura. (19)

En todas las crónicas de Edgardo Rodríguez Juliá la autorrepresentación del escritor, y del intelectual en general, se proyecta desde una perspectiva crítica. Mediante ésta, el autor de estas crónicas pone en tela de juicio la imagen tradicional del intelectual; de aquél que Edward Shils caracteriza como poseedor de una sensibilidad inhabitual para lo sagrado; como una parte dentro de una especie de minoría clerical.

En toda sociedad hay una minoría de personas que, más que el común de sus congéneres, permanecen a la búsqueda y desean estar en comunión frecuente con símbolos que, por una parte, son más generales que las situaciones concretas inmediatas de la vida diaria y, por la otra, aparecen más alejados en sus referencias tanto temporales

como espaciales. Esta minoría experimenta la necesidad de exteriorizar la búsqueda en discursos orales y escritos, en expresiones poéticas o plásticas, en la reminiscencia o la evocación escrita de la historia, en la realización de rituales y actos de culto².

Un primer aspecto que se desprende de la anterior caracterización, y que ilumina la autorrepresentación en las crónicas de Rodríguez Juliá, es precisamente el hecho de que el autor emplee un género que tiende a la referencia, realista o diferencial, de situaciones concretas de la vida diaria: la crónica. Y que, además, el sujeto mismo forme parte de esa realidad representada y reconstruida por la escritura. La ensayística culturalista en cambio, aún la de naturaleza más "realista" como podríamos observar a partir de figuras emblemáticas como las de Miguel de Unamuno y Antonio S. Pedreira, tendía hacia una relación un tanto centrífuga respecto a la realidad circundante. El hecho mismo de que propendiera a un sistema de valoraciones con carácter esencialista en sus interpretaciones de la identidad y de la cultura, ya lo demuestra. La elisión de la temporalidad y del espacio reales es otro aspecto revelador. En sus referencias, espacio y tiempo aparecen con frecuencia esencializados.

La autofiguración en las crónicas de Edgardo Rodríguez Juliá, corresponde, como veremos, a la representación del intelectual moderno³. El recurso a la autoironía, o a la parodia del intelectual, despliega en sus crónicas una nueva tendencia en los modos y modelos actuales de representación social. El intelectual ya aparece despojado del aura que anteriormente poseía. El sujeto centrado, emisor de un discurso totalizador mediante el cual podía representar la realidad y traducir al otro, se vuelve objeto del discurso del otro, y del mismo proceso de reducción al cual él suele someter al otro; así, en **El entierro de Cortijo**:

Pero no crean, también yo seré sometido a la mismísima reducción: Un blanquito de cara mofletuda, bigotes de punta al ojo y espejuelos es una presencia perturbadora en Lloréns; también ellos son capaces de leerme, ya me tienen leído: *ese tiene cara de mamacita...* (13)

En las crónicas abundan los comentarios ajenos respecto al autor, como una suerte de refracción invertida; así, se va desplegando la autoironía. Este aspecto ya lo observaba Aurea María Sotomayor, en su ensayo incluido en **Las tribulaciones de Juliá**, al aceptar que la figura del cronista en Rodríguez Juliá reúne varias características: “es irónico, ambiguo y marginal; ocupa el espacio del equívoco y del cuestionamiento...”. (135) La crítica señala, además, el carácter de enigma que posee el narrador de estas crónicas. (133)

La autoironía ha sido examinada y tipificada por Edward Said como un signo de la disidencia del intelectual poseedor de una independencia relativa; de aquél que no tiene prebendas que proteger ni territorio que consolidar o guardar. De ahí que en el intelectual la autoironía abunde más que la pomposidad, y la franqueza más que los rodeos y los titubeos.(19) El intelectual moderno supone una actitud crítica, libre de ataduras dogmáticas o filtros permanentes, la cual, por un lado, implica una actitud cuestionadora de todo y, por otro, lo vuelve un “francotirador”. Esta práctica configura en el texto una aparente ética de la indeterminación.

Básicamente, el intelectual en el sentido que yo le doy a esta palabra no es ni un pacificador ni un fabricante de consenso, sino más bien alguien que ha apostado con todo su ser en favor del sentido crítico, y que por lo tanto se niega a aceptar fórmulas fáciles o clisés estereotipados, o las confirmaciones tranquilizadoras o acomodaticias de lo

que tiene que decir el poderoso o convencional, así como lo que estos hacen. (Said 40)

La imagen del intelectual que, por ejemplo, se desprendía de textos de tradición culturalista y paternalista, como los de Domingo Faustino Sarmiento, que extraordinariamente Molloy examina en su libro citado (**Acto de presencia**), aparece desarticulada en estas crónicas. (19) Esa representación del intelectual autodidacta, del “paterfamilias”, del ser privilegiado, cuya imagen mesiánica aparece en muchos textos de la tradición del nacionalismo culturalista, rotundamente ejemplar para buena parte de los treintistas puertorriqueños-, aparece totalmente desdibujada, desmitificada, y hasta en ocasiones degradada, en todas las crónicas de Rodríguez Juliá. Todo esto, como una manera de transgredir tanto modelos de representación social tradicionales, como actitudes asumidas por los mismos intelectuales.

En las crónicas de Edgardo Rodríguez Juliá se da un constante movimiento entre el elogio y la crítica, entre apelar a formas integradoras convencionales y la búsqueda de otras. Este movimiento ha sido examinado por varios críticos, y articulado de varias formas: entre la burla y la compasión (María Caballero) o entre el apetito y el asco (Ríos Ávila), entre otras. Una precisión acorde con mi discusión de la obra de Rodríguez Juliá como transgresiva y promotora de una nueva imagen del quehacer del intelectual contemporáneo es la de María E. Rodríguez Castro en su ensayo inserto en el libro de Duchesne. Rodríguez Castro asevera que las crónicas del autor “se alejan, también, del proyecto homogenizante y totalizante...” (69). La constante oscilación de posturas del cronista-narrador en Rodríguez Juliá rompe con la imagen y los procedimientos empleados por el intelectual tradicional. La ambigüedad deja de ser provisional y adquiere un carácter instrumental: desestabiliza el discurso propio, produce la impresión de un

sujeto descentrado y un efecto de ilegitimidad, que invita a que el lector pueda ofrecer una rearticulación del texto.

Para Juan Duchesne, Baltasar Montañez en La renuncia del héroe Baltasar personifica cierta disyuntiva histórica del intelectual (20). Baltasar, como cronista en la novela, se aparta de la imagen-texto oficial, pervierte las representaciones, las versiones, las imágenes públicas, convierte los textos en algo penetrable, traspasable, -como ciertamente ocurre con las obras de su propio creador, Edgardo Rodríguez Juliá-.

La novela está hecha de textos diversos, de las lecturas de éstos y de sus contraversiones. Precisamente, la tarea fundamental de Alejandro Cadalso, voz del marco narrativo, es disponer e interpretar las diversas crónicas, decretos, cartas y demás documentos que puedan arrojar luz sobre el enigma que él intenta descifrar: la renuncia del héroe Baltasar. De este modo, la novela se convierte en una “puesta en escena” de los diversos modos de lectura y de las posibilidades que éstas ofrecen. En la novela, la multiplicidad de voces y su interdiscursividad proliferante ilegitiman la posibilidad de un discurso único. Hay en esto un signo que señala a la naturaleza del intelectual moderno: la disidencia, la perversión, el rebasamiento del consenso por una búsqueda de la apertura, de las posibilidades que una obra puede implicar para sus lecturas interpretativas. Baltasar Montañez, pervertidor principal de todos los otros textos, se vuelve entonces imagen del autor y de los procedimientos que éste empleará en sus crónicas.

NOTAS

¹Las crónicas acceden a leerse, como observa Aurea María Sotomayor, como una “autobiografía fragmentada”. (Cfr. Las tribulaciones de Juliá, 156)

²Citado por Edward Said en *Representaciones del intelectual*, 50.

³Empleo el término utilizado por Edward Said, para distinguir al intelectual actual del tradicional y del que Gramsci llamó orgánico. (Cfr. Texto citado más adelante.)

Bibliografía

Caballero, María. Ficciones isleñas. Estudios sobre la literatura de Puerto Rico. Río Piedras: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1999.

Duchesne Winter, Juan, et al. Las tribulaciones de Juliá. San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1992.

González, Rubén. La historia puertorriqueña de Rodríguez Juliá. Río Piedras: Universidad de Puerto Rico, 1997.

Molloy, Sylvia. Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica. México: Fondo de Cultura Económica, 1996.

Ricoeur, Paul et al. Las culturas y el tiempo. Salamanca: Sígueme, 1979.

_____. Historia y narratividad. Paidós / I.C.E. de la Universidad autónoma de Barcelona, 1999.

Rodríguez Juliá, Edgardo. El cruce de la bahía de Guánica. Río Piedras: Huracán, 1989.

_____. El entierro de Cortijo. Río Piedras: Huracán, 1983.

_____. La renuncia del héroe Baltasar. Río Piedras: Cultural, 1974.

Said, Edward W. Representaciones del intelectual. Barcelona: Paidós, 1996.

Shils, E. On Intellectuals. New York: Doubleday, 1969.